

El laberinto del pecado

La novela (impresa en Litos Reprotryk, Suecia, 1993) está ambientada en las poblaciones mineras de siglo XX, Llallagua y Catavi. He intentado crear un personaje de carne y hueso que, aparte de ser el producto de un contexto social determinado, tuviese contradicciones en su propio fuero interno, pues ya los psicoanalistas nos han explicado que los hombres no somos solo hechuras del medio social, sino también de instintos innatos. En consecuencia, en mi novela traté de describir el ambiente minero a partir de las experiencias personales del protagonista, quien no es el prototipo del paladín de las luchas sociales sino, ante todo, un hombre que tiene sueños, desventuras, amores, desamores, frustraciones y, en definitiva, todo lo concerniente a un personaje que está hecho del mismo material humano que nosotros.

(Victor Montoya).



(Capítulo II)
fragmento

En la clase de inglés, los viernes al mediodía, las voces se atopellaban como tintineos de metal. Los alumnos saludaban al unísono: "Good morning, Mrs. Montero". Pero la profesora Soledad Montero no contestaba. Escribía cuatro frases en el pizarrón y se sentaba. No soportaba la menstruación ni el olor a tabaco, por temor a las reminiscencias de un pasado que prefería conservar en el pozo oscuro de su memoria. No obstante, el mayor desacierto de su personalidad, hinchado por una suficiencia de un saber insuficiente, estribaba en que ni sus conocimientos de idiomas ni sus viajes a los Estados Unidos lo habían estimulado a modificar sus ideos retrógradas y su odio declarado contra los adolescentes de actitud rebelde.

Las comadres deslenguadas decían que Soledad Montero, a pesar de los traumas que acumuló desde su infancia, era la única mujer del pueblo capaz de hacer estragos entre los hombres, hasta aquel día funesto en que fue raptada por un maníático de ojos brutalmente agresivos y barba montañez, el cual, al no encontrar virgen a la novia con quien se iba a casar, se la llevó al hombro, atada de pies y manos, hasta una cueva lejana, donde vivía prófugo de la justicia, alimentándose con insectos, yerbas y lagartijas.

La noche que su raptor la devolvió a su casa, la cabellera desgreñada y el vientre abombado, la ganta dijo que ya llevaba el diablo adentro, porque cuando nació su hijo, éste tenía dos cabezas perfectamente desarrolladas, dos columnas vertebrales en paralelo y las piernas juntas como alas de sirena. Los años transcurrieron y de la criatura no se supo nada, pues lo único que sobrevivió al tiempo, fue la confabulación de las mujeres más viejas que, echándose cruces y escupiendo tres veces al suelo, aseguraban que los hijos defectuosos eran las criaturas del demonio, quien poseía a las mujeres más hermosas antes o durante el embarazo.

El año en que Soledad Montero comenzó a trabajar en el colegio, pronunciando el inglés con tanto desparpajo que parecía su lengua materna, tenía ya las tetas caídas sobre los rollos de su vientre.

La tarde fue pasando y pasó. Sonó la campana y el estrépito de voces se esparció en el patio. Los alumnos corrían y chillaban, excepto Clarice, la hija del técnico fichado de comunista por la Empresa Minera Katari, quien seguía los movimientos de Manuel Ventura a través de la ventana. Pero cansada ya de acecharlo u oscurecida, se precipitó al patio hasta abordecirle por la espalda y saludarle de cerca, casi escupiéndole al rostro.

-¿Qué quieres? -dijo él, asombrado.
-Saber si irás o no a la piscina -dijo ella.
-Quizás -contestó.

Clarice giró sobre la punta de sus zapatos y se alejó bajo el sol implacable de la tarde. Manuel Ventura, sintiéndose atraído por la misteriosa masculinidad de Clarice, pensó: "Es distinta a las demás. Nunca sale de los pantalones vaqueros ni de los zapatos con cordones, y lo más extraño es que Paloma Linares, la marimacho, es su única amiga".

Los alumnos salieron del colegio como perros azules, rumbo al pie de un volcán apagado, donde estaban los baños termales de Katari.

En los camarines se sacaron las ropas polvorientas y se lanzaron al agua. Manuel Ventura se zambulló y se acercó a Clarice, quien se deslizaba en la profundidad trazando una estela veloz, como si llevara membranas natativas en los dedos. Después salió a flote, buscó aire y volvió a zambullirse, imaginándola en la ducha: el cuerpo desnudo y los cabellos peinados en un moño, al chorro de agua estallando contra su cabeza, espereciéndose vertiginosamente sobre los hombros, abriéndose paso por la hendidura de los senos y escurriéndose por debajo de los pies con suavidad de gasa.

Cuando Clarice emergió de la piscina, subió al trampolín con agilidad felina. Se ajustó el traje de baño, se paró de puntillas, afianzó los senos en el aire y se lanzó haciendo piruetas, mientras Manuel Ventura la contemplaba celoso de los ojos que la vestían y desvestían, y del agua que la besaba y acariciaba.

Al cabo de un tiempo se escuchó el silbido del profesor de gimnasia, y todos abandonaron la piscina en desbandada.

Delante de los camarines, bajo un cielo que hacía lucir los azulejos del jardín, estaba Clarice, los ojos puestos en un hombre guapo de forma animal, que tenía la barba de cobre, los ojos verdes como esmeraldas y el torso lleno de músculos que parecían nudos enraizados en su piel. De súbito, impulsado por una curiosidad hipnótica, decidió atisbar el camarín de los varones, de cuyo interior escapaba un penetrante olor a mariscos podridos. Su mirada atravesó las columnas del pórtico y tropezó con las espaldas de Manuel Ventura, quien, al volverse con las manos en la nuca, dejó al descubierto la monstruosidad que lo aquejaba. Entonces Clarice, teniendo por primera vez delante suyo la virilidad desafiante del hombre que amaba a toda fuerza, no supo si bajar o subir la mirada, puesto que la visión del pene, un órgano grueso y macizo como porra, le causó una impresión que la hizo enrojecer como si un oleaje de sangre le golpeara en la cara.

Se retiró. Se arrojó sobre los hombros de Paloma Linares. Balbuceó y, a poco de volver a dominar el ritmo de su corazón, dijo:

-Es un fenómeno, Paloma...

-¿Cómo dices?

-Manuel es un fenómeno -reiteró asustado por una sensación de miedo que se le metió en el cuerpo, erizándolo-. Tiene un enorme animal colgado entre las piernas y una cicatriz horrible en...

Paloma Linares pensó un instante cómo de grande sería, y dijo:

-¿Como la del esnau que vimos en la revista Sucesos, con una verga enroscada como cola entre los piernas?

-No tan larga -dijo Clarice-, pero sí más gorda.

-Algo bueno tenía que tener el retráido, no en vano se le hace un bulto contundente en la braguita.

De cualquier modo, lo abundante en Manuel Ventura colmó en Clarice los deseos de ser poseída algún día.

Al declinar la tarde, Manuel Ventura llegó a su casa. Empujó la puerta y cortó la conversación entre la empleada y su madre. Arrojó el maletín sobre la mesa y saludó con voz

de lulo. Las mujeres no contestaron, continuaron hablando, aunque en un tono más bajo que antes.

Manuel Ventura quedó resignado. Cruzó el comedor de un extremo a otro, como si midiera la distancia con sus pasos. Entró en el dormitorio de sus padres y ellas volvieron a elevar el tono de la voz.

-Este será tu cuarto -dijo doña Inmaculada, enseñándole el dormitorio de Manuel Ventura- Aquí te quedarás mientras se cumpla tu contrato.

-Pero... este es el cuarto de su hijo, señora.

No importa -enfático doña Inmaculada- Manuel es un muchacho ofensivo. Además, tu tendrás tu propia cama y el tu saya.

La empleada calló, pero pensó que entre un hombre y una mujer, reclusos en un mismo cuarto, hay siempre algo en peligro.

Esa resolución hizo que Manuel Ventura volviera a salir de su casa y, entre la duda y la angustia, se refugió en La Colmena. Estando allí, en medio de la música que le zumbaba en los oídos pidió un café y se sentó cerca de la puerta, por la cual cruzaban siluetas envueltas en silencio, como rayitas de luz proyectadas en las tinieblas.

Cuando abandonó el café y salió a la calle, se cruzó con Agapito, el leproso de las orejas plegadas y la nariz leonina, que por las noches caminaba con una campanilla colgada al cuello, para que los peatones le abrieran el paso y le hicieran una venia con la cabeza, pues preferían darle el saludo que darle la mano. Sin embargo, Manuel Ventura, lejos de concebir la lepra como una enfermedad maldita de antecedentes bíblicos y resonancias medievales, lo ayudaba siempre que podía, ignorando el fuerte olor a sulfura que desprendía, porque sabía que Agapito estaba muriéndose de a poco, desde el día en que se le cayeron los dientes como naipes de mazorca y se le rebanaron los dedos uno a uno, dejándole las manos y los pies convertidos en muñones.

A lo lejos, el aullido de un perro rompió sueños profundos y rasgó el lienzo oscuro del ancho cielo.

Manuel Ventura abrió la puerta evitando despertar a sus padres. Se desató de puntillas, las manos apoyadas en la pared, y alcanzó el umbral de su cuarto, donde entrevió un bulto extraño que yacía al pie de la cómoda de patas cortas y tiradores de bronce. Encendió la lámpara y un relámpago de luz crepitó en sus ojos. Al salir de la oscuridad, se enfrentó a una mujer que dormía con las trenzas apretadas contra el pecho, a poco de haber recordado su vida en el campo, lejos de las minas y cerca de los valles, donde sus padres quedaren todavía labrando la tierra con yugos y bueyes, desde el triunfo de la revolución nacionalista que acabó con el latifundio y devolvió la tierra a los campesinos.

Victor Montoya. Escritor boliviano.
Reside en Suecia desde 1977

